

Capítulo 1

Exiliados republicanos y vida cultural y política en Buenos Aires, 1936-1950

Luis Alberto Romero

.....

Luis Seoane, un gallego nacido en Buenos Aires, volvió al país en 1936, huyendo de la represión desatada en Galicia por el bando rebelde. Francisco Ayala, abogado y escritor granadino, que ocupó cargos importantes en el gobierno republicano, llegó a Buenos Aires en 1939, luego de un periplo por Cuba y Chile. Ambos fueron amistosamente recibidos por el medio intelectual y artístico local, entre quienes figuraban los hermanos Francisco y José Luis Romero. Estas cuatro figuras servirán de guía o de mirador para examinar las relaciones que se establecieron entre el grupo de exiliados republicanos y el mundo cultural argentino, a lo largo de un período de intensa politización y compromiso intelectual, entre el comienzo de la Guerra Civil española y el primer gobierno peronista.

Los inmigrantes españoles, y en particular los provenientes de Galicia, ocupaban por entonces en la sociedad argentina un lugar importante, solo comparable con el de los italianos. De Buenos Aires llegó a decirse que era la mayor ciudad gallega del mundo: entre sus tres millones de habitantes había más de 100.000 gallegos, contando a sus hijos. Los exiliados republicanos, llegados sobre todo luego del derrumbe del gobierno republicano en 1939, fueron unos 2.500, un número relativamente reducido, ya sea que se los compare con la colectividad española en Argentina o con el medio millón de exiliados republicanos en el mundo. A diferencia de México, que los recibió sin reticencias, el gobierno argentino estaba por entonces preocupado por limitar la llegada de comunistas, de judíos y también de republicanos españoles. Pero aunque pequeño, fue un grupo relativamente compacto, en el que abundaron los escritores, artistas, periodistas, intelectuales, profesores y hombres de ciencia, comprometidos y militan-

tes, que buscaron en Buenos Aires y en la Argentina no solo refugio sino la posibilidad de defender sus causas.¹

Una de sus referencias fue la colectividad española y su densa red de asociaciones, que no solo ayudó a muchos a instalarse sino que se convirtió en un campo de combate, cuando la Guerra Civil conformó en su seno bandos opuestos. Ayala no se interesó mucho en ella, pero Seoane sí, y dedicó al mundo de los gallegos buena parte de sus esfuerzos y militancia. La otra referencia fue el mundo cultural de Buenos Aires, y en menor medida de otras ciudades, donde junto con las instituciones estatales, en general poco propensas a acogerlos, en el ámbito civil se venía desarrollando una intensa actividad, impulsada por asociaciones, empresas periodísticas y literarias e instituciones culturales y políticas.

Ese campo se ensanchó considerablemente en las dos décadas posteriores a 1936, en parte por razones vinculadas con la guerra de España. Una de sus consecuencias fue la larga crisis de la industria editorial española, y el florecimiento en la Argentina de muchas empresas editoras, que alimentaron el vasto público de lectores en español. La demanda de traductores, correctores y editores ayudó mucho a la supervivencia de los exiliados republicanos y posibilitó el estrechamiento de vínculos con colegas locales. Por otra parte, la Guerra Civil dividió aguas en una sociedad que se politizó intensamente, y la polarización se mantuvo, aunque con formas cambiantes, durante la Segunda Guerra Mundial y luego durante el peronismo.² Los campos político e ideológico estuvieron profundamente divididos durante veinte años, y los exiliados republicanos se alinearon con el sector que transitó del antifascismo de los años treinta al antiperonismo de los cuarenta y cincuenta.

Ambas circunstancias potenciaron la influencia de este grupo de exiliados, y a la vez los hizo sensibles receptores de un clima intelectual y político muy tensionado. Exploraremos esa interacción, siguiendo las cuatro figuras que hemos señalado.

1.- Alfonso Castelao. «Carta a José Antonio Aguirre, 29 de noviembre de 1943». En: *Obras de Castelao*. Vol. VI: *Epistolario*. Vigo: Editorial Galaxia, 2000; Dora Schwarzstein, comp. *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Barcelona: Crítica, 2001.

2.- Luis Alberto Romero. «La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina 1936-1946». En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. XXXVIII, n.º 2: Bogotá (julio-diciembre de 2011).

Seoane

Luis Seoane, hijo de gallegos, nació en Buenos Aires en 1910.³ En 1916 la familia volvió a Galicia, donde Luis vivió durante veinte años. Fue un período de esplendor, por el crecimiento económico de la región, el desarrollo cultural y la explosión política, que culminó en febrero de 1936, durante la República, cuando se sancionó el Estatuto de Autonomía de Galicia. En esos años, Seoane estudió derecho en Santiago de Compostela y se inició como escritor, artista y militante, en el movimiento cultural galleguista y en grupos de orientación marxista. En julio de 1936, cuando estalló la Guerra Civil, integraba el Frente Popular en La Coruña. El rápido triunfo de los rebeldes en la región, seguido de una dura represión y fusilamientos, lo empujó a escapar, ayudado por su pasaporte argentino.

La llegada a la Argentina no fue fácil. Las autoridades lo detuvieron como desertor, por no haber cumplido con el servicio militar obligatorio. Pudo salir libre gracias a la ayuda de su amigo, el abogado Norberto Frontini, cuya esposa Mony era hija del almirante Hermelo, con influencia en el gobierno. Frontini, a quien había conocido en Galicia, muy relacionado con el comunismo argentino, fue una de sus introductores en el mundo cultural porteño.⁴ A medida que terminaba la guerra en España, fueron llegando otros exiliados y particularmente un grupo de gallegos con el que tuvo estrecha amistad: Lorenzo Varela, Arturo Cuadrado, Rafael Dieste, José Otero Espasandín y Arturo Serrano-Plaja, a los que se sumaron Rafael Alberti y Francisco Ayala.

Buenos Aires le ofreció muchas posibilidades para ganarse la vida, trabajando como diseñador gráfico e ilustrador en distintas editoriales, incluidas un par que fundó con sus amigos gallegos y argentinos. Con ellos también editó tres revistas: *De Mar a Mar* en 1942, *Correo Literario*, entre 1943 y 1945 y *Cabalgata* entre 1946 y 1947. Pero inicialmente, para ganarse el sustento había encontrado ayuda en la colectividad gallega. No abundaban los intelectuales – Eduardo Blanco-Amor fue la excepción más notable – pero no faltó quien les diera una mano. Su amigo Rodolfo Prada, empresario y

3.– Helena González Fernández. *Luis Seoane. Vida e obra*. Vigo: Editorial Galaxia, 1994; Silvia Dolinko. «Recorridos de Luis Seoane. Entre Galicia y Buenos Aires. Entre lo local y lo universal». En: *Luis Seoane. Xilografías*. Santiago de Chile: Centro Cultural de España, 2006; Fernando Devoto y Ramón Villares, eds. *Luis Seoane. Entre Galicia y la Argentina*. Buenos Aires: Biblos y Consello de Cultura de Galicia, 2012; Luis Alberto Romero. «Exilio gallego y política argentina, 1936-1976». En: *Luis Seoane. Entre Galicia y la Argentina*. Buenos Aires: Biblos y Consello de Cultura de Galicia, 2012.

4.– Ramón Villares. «Las Galicias de Luis Seoane, con el exilio de fondo». En: *Luis Seoane. Entre Galicia y la Argentina*. Buenos Aires: Biblos y Consello de Cultura de Galicia, 2012.

hombre prominente en la colectividad, lo acercó a la Comisión de Cultura del Centro Gallego, que en 1939 le encargó la dirección de la revista *Galicia*. Durante veinte años no solo tuvo un empleo sino que pudo desarrollar, con discreción, una suerte de programa cultural y político gallego.

La Guerra Civil había dividido a la colectividad, lo mismo que a todas las instituciones españolas. El Centro Gallego, que atendía las cuestiones culturales y asistenciales y poseía un prestigioso hospital, procuró mantenerse neutral, aunque predominaba el grupo que simpatizaba con los rebeldes franquistas. La Federación de Sociedades Gallegas, que nucleaba una infinidad de pequeñas asociaciones de nativos de cada pueblo, se ocupaba de actividades culturales, celebratorias y políticas. Era definitivamente republicana, pero en su interior disputaban, como en España, distintas corrientes políticas: agraristas, galleguistas, socialistas y comunistas.⁵

En 1940 se instaló en Buenos Aires Alfonso Castela, el más destacado dirigente gallego en el exilio. Mientras se ganaba la vida como ilustrador en Editorial Atlántida, se propuso construir desde el Río de la Plata – Buenos Aires y Montevideo – una Galicia alternativa, o «ideal», como decía. Para ello debía convertir a las enormes colectividades de ambas ciudades en republicanas y galleguistas. También debía reivindicar su lugar entre las colectividades españolas, como la vasca o la catalana, y ser reconocido como parte del gobierno republicano en el exilio, asentado en Francia desde 1945. Era un proyecto de envergadura, sostenido por su prestigio y por su trabajo incansable. La autonomía gallega, establecida en 1936, era una flor tardía, cuya legitimidad debía ser defendida. En el Río de la Plata había que insuflar galleguismo en una masa de emigrantes cuya conciencia gallega era tan escasa que ni siquiera apreciaban la lengua materna. También debía enfrentarse con los grupos republicanos, socialistas y comunistas, que antepusieron la república a la autonomía gallega. El Centro Orensano, creado por entonces, fue su base de acción. Fundó Irmandade Galega, un grupo político, y en 1944 estableció en Montevideo el Consejo de Galiza, integrado por los diputados electos en 1936. En 1946 fue incorporado en París como ministro del gobierno republicano en el exilio.

Seoane buscó su camino por otro lado. Eludió las duras confrontaciones políticas entre los exiliados republicanos, y se dedicó a dar forma y expresión a una cultura gallega, basada en la lengua, la historia y la cultura, y crear la conciencia y el sentimiento de su valor. A su manera, contribuyó a inventar una nacionalidad, un proceso mucho más desarrollado entre vascos o catalanes, y que apenas se insinuaba entre los gallegos. Así entendió su tarea en 1956. «El primer compromiso de un intelectual (...) debe estar en relación con la actualidad de su pueblo, y los intelectuales gallegos

5.– Hernán Díaz. *Historia de la Federación de Sociedades Gallegas. Identidades políticas y prácticas militantes*. Buenos Aires: Biblos, 2007.

(...) son en ese sentido militantes (...), aún viviendo y trabajando fuera de Galicia». ⁶ Fue un emprendedor cultural, dedicado a editar libros gallegos, organizar exposiciones, jornadas patrióticas o programas periodísticos. Reunió a todo su gremio en la Asociación Gallega de Universitarios, Escritores y Artistas (AGUEA), para fortalecer la extensión cultural y estableció contactos con sus pares en Galicia – inicialmente con el grupo Galaxia – convencido de que, más allá de las ásperas discusiones, allí estaba el destinatario más importante de su mensaje, que era artístico y cultural.

Sobre todo, hizo de la cultura una causa, en medio de una colectividad que encontraba estólida y filisteia, cuyo galleguismo se limitaba a las danzas, las romerías y la conmemoración del apóstol Santiago. Consciente de la importancia del arte y de la historia, trató de traducir en un estilo contemporáneo una galleguidad que buscó en las figuras y tradiciones populares, en un pasado en el que la Edad Media tuvo un lugar preponderante y en las experiencias contemporáneas de trabajadores y campesinos. Ese sentido militante de la vida le permitió incorporarse, con naturalidad, al politizado mundo cultural argentino.

Ayala

Francisco Ayala nació en Granada, España, en 1906.⁷ En Madrid estudió derecho, incursionó en el periodismo y en las letras y frecuentó el círculo de la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset, cuyas ideas lo influyeron fuertemente. Joven profesor de derecho político, en 1930 estuvo becado en Berlín. Allí conoció a los grandes maestros del pensamiento social y político de entonces, tomó conciencia directa de la crisis del estado liberal y asistió al nacimiento del nazismo, juvenil, popular y violento. Por entonces se casó con la chilena Etelvina Silva. Volvió a la España de la Segunda República, adhirió al grupo de Manuel Azaña, fue profesor universitario y funcionario de las Cortes. En 1936 hizo un breve viaje a América del Sur, visitando Santiago de Chile, Asunción y Buenos Aires, donde tomó contacto con el mundo intelectual local.

Cuando estalló el levantamiento, volvió a España. Es posible que en el Atlántico se cruzara con Luis Seoane, que huía de la Galicia franquista. En Burgos había sido fusilado su padre; dos hermanos fueron reclutados compulsivamente por el bando rebelde, y uno de ellos fue fusilado al intentar escapar, mientras que dos hermanos menores quedaron con parientes, en la zona controlada por los rebeldes. Ayala, aunque no simpatizaba con los

6.– Citado por Guillermo Gasió. «Luis Seoane y la política gallega en Argentina. Materiales para una investigación». En: *Buenos Aires. Escenarios de Luis Seoane*. Buenos Aires: Fundación Luis Seoane, 2007, págs. 229-230.

7.– Luis García Montero. *Luis Francisco Ayala. El escritor en su siglo*. Granada: Los libros de la estrella, 2009.

comunistas, sirvió sin reticencias al gobierno de la República. Ocupó funciones en Valencia y en Barcelona – donde coordinó la Comisión Nacional de Ayuda a España – y fue diplomático en Praga. En febrero de 1939, un poco antes del derrumbe final, pasó a Francia, recogió a su esposa y a su hija y pudo reunirse con sus hermanos menores. Viajó a La Habana primero y luego a Santiago de Chile, donde estaba la familia de su esposa, para radicarse finalmente Buenos Aires, en agosto de 1939.

A diferencia de la de Seoane, su inserción no fue difícil. El movimiento solidario con la España republicana era intenso, y los exiliados no eran tantos como para no poder encontrar acomodo. Por otra parte, ya conocía a muchas personas influyentes. Eduardo Mallea lo encaminó hacia *La Nación*, pese a que el diario había tomado partido por el bando nacionalista, y comenzó de inmediato a colaborar en el Suplemento Literario, que por entonces remuneraba generosamente a los autores. Guillermo de Torre le abrió las puertas de las editoriales, y particularmente Losada, donde trabajó como traductor, editor, director de colección y también autor.

Con su máquina portátil Erika, fue un traductor a destajo del alemán, francés, inglés y portugués; mal pagado – si aceptamos su agrio testimonio acerca del patronazgo de don Gonzalo Losada – pero siempre cuidadoso de la calidad de sus trabajos. Escribió frecuentemente para *La Nación* y para el periódico jurídico *La Ley*, que también pagaba bien, y dictó conferencias y cursillos. Pero no logró una plaza, un puesto fijo en la universidad. Hasta 1943, pudo atribuirlo al poco empeño de sus amigos y colegas argentinos; solo logró un contrato en la Universidad del Litoral en Santa Fe, para enseñar sociología. Desde 1943, con las universidades en manos del nacionalismo católico, las puertas quedaron cerradas. Durante 1945 estuvo enseñando en Río de Janeiro, y hubiera podido quedarse, pero prefirió volver a Buenos Aires, en parte pensando en la escuela de su hija Nina. Haciendo un balance, concluye que laboralmente vivió bien en Buenos Aires, o al menos, mucho mejor que sus colegas en España.⁸

Al igual que Seoane, no cultivó la nostalgia ni se desesperó por la posibilidad de volver inmediatamente a España. Aceptó la realidad de su estancia en la Argentina, y trató de seguir con su vida. A diferencia de Seoane, no hizo vida de colectividad, pero tuvo muy buenos amigos españoles. Los primeros que aparecen en su recuerdo de vejez son el trío de gallegos: Rafael Dieste, Lorenzo Varela y Luis Seoane, con quienes se encontraba frecuentemente. Seoane pintó a su esposa Etelvina. También trató frecuentemente a Rafael Alberti y María Teresa León y a Gori Muñoz y su esposa Carmen, en una sociabilidad que reunía a tantos españoles como argentinos. Las diferencias políticas respecto de España, que apasionaban a otros exiliados, no le interesaban mayormente. Con idéntico entusiasmo recibía

8.– Francisco Ayala. *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*. Madrid: Alianza, 2006.

a Juan Ramón Jiménez, Dámaso Alonso o Américo Castro. También cultivó la amistad con españoles exiliados en otros países, como José Medina Echevarría o el grupo que en México editó la revista *Cuadernos Americanos*. En suma, eligió a sus amigos mirando al futuro y no al pasado. La única vez que el tema de España lo arrastró a una polémica fue cuando Claudio Sánchez Albornoz descalificó, en nombre de la erudición, una opinión suya acerca de la España de la Contrarreforma. La respuesta de Ayala fue una reivindicación del ensayo, y una caracterización de los supuestos ideológicos de la erudición del ilustre historiador, dominado por las ideas del nacionalismo romántico y por la búsqueda del «ser español». También tuvo una tácita polémica con Ortega y Gasset, debido a las posiciones de su viejo maestro durante la Guerra Civil y a su llamativa defensa del totalitarismo.

En la vida de Ayala coexistieron dos almas: la del ensayista – hoy diríamos sociólogo, politólogo, jurista – y la del narrador. En su exilio porteño, la primera predominó ampliamente, en parte porque le era más fácil vivir de ella, pero gradualmente retomó la segunda y publicó dos libros de ficción: *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*. Como Seoane, fue un intelectual comprometido, convencido de que su palabra y su letra podían hacer una diferencia en el mundo. Escribió en tiempos de la posguerra española, la guerra mundial y el comienzo de la Guerra Fría. A diferencia de Seoane, fue un crítico fuerte del nacionalismo político, en sus diversas formas, así como de la fantasía intelectual de buscar la esencia nacional o el ser nacional. Demócrata y liberal, con afinidades con la socialdemocracia pero un fuerte rechazo por el comunismo, discutió sobre las posibilidades de la libertad en un mundo de masas, integrado por el desarrollo tecnológico. Sobre estos temas tradujo y difundió a muchos de los pensadores modernos, como Karl Mannheim, y dirigió una biblioteca sociológica en Editorial Losada. Escribió muchos artículos y publicó varios libros, entre ellos un ensayo de comparación entre España e Italia, junto con el sociólogo italiano Renato Treves, también emigrado. Finalmente, en su año en Río de Janeiro, escribió un monumental *Tratado de sociología* que Losada editó con éxito en Buenos Aires. Con estas preocupaciones fundó en 1947 la revista *Realidad*, que reunió a los más destacados intelectuales argentinos. Entre ellos estaba el joven historiador José Luis Romero y su hermano mayor, el destacado filósofo Francisco Romero, quien asumió la dirección de la revista.

Los Romero

Lorenzo Varela, que en 1942 editó junto con Luis Seoane la revista *De Mar a Mar*, recuerda en 1978 a tres personas «que ampararon bondadosamente la empresa»: los hermanos Francisco y José Luis Romero, «grandes enamorados de España», y «el maestro de humanistas que fue don Pedro

Henriquez Ureña». ⁹ En sus *Recuerdos*, Francisco Ayala también evoca a ambos hermanos: el mayor, Francisco, a quien estimaba y admiraba, y el más joven, José Luis, a quien veía siguiendo un camino similar aunque algo diferente. Con dieciocho años de diferencia, y una estrecha relación paterno filial, los hermanos Romero eran en 1939 una referencia fuerte en el mundo cultural e intelectual argentino.

Francisco fue militar y filósofo. ¹⁰ Nació en Sevilla, España, en 1891 y llegó al país, junto con su padre en 1905, con catorce años cumplidos. Dos años después vino su madre, Aurora Delgado, y sus seis hermanos – dos varones y cuatro mujeres – y en 1909 nació el menor, José Luis, el único argentino nativo de la familia. El padre se dedicaba a los negocios, con suerte variada, entre el esplendor y los apuros. Francisco tenía aficiones literarias pero eligió ser militar: una carrera relativamente corta y con la seguridad de un buen empleo, que le permitiría ayudar al sostén de la numerosa familia. En 1910 ingresó en el Colegio Militar, egresó en 1913 y completó luego sus estudios como ingeniero militar, en el mismo Colegio. Lo dirigía el general Agustín P. Justo, ingeniero y futuro presidente. En 1919 murió el padre y Francisco se convirtió en el jefe de familia y en el tutor de «el niño». En 1921 Justo recomendó al teniente Romero como ayudante del general Mosconi, también ingeniero. Durante varios años Francisco colaboró con Mosconi en el desarrollo de la aviación militar, construyendo aeródromos en todo el país. En 1927 pasó a dirigir la escuela de Telegrafistas. Participó, al frente de su Compañía, en el levantamiento del 6 de setiembre de 1930, y poco después solicitó el retiro, para dedicarse plenamente a la enseñanza universitaria.

Por entonces, Francisco Romero había llegado a ser un destacado filósofo. De joven se inclinó por la poesía, y publicó frecuentemente sus versos, firmados con seudónimo, en revistas de buena circulación. En 1918 comenzó a estudiar literatura en la Universidad de Buenos Aires, pero desde 1920 se dedicó plenamente a su otra afición: la filosofía. Fue un autodidacta, suficientemente conocido en 1925, como para que José Ingenieros lo invitara a colaborar en su *Revista de Filosofía*. En 1924, con sus ideas ya formadas, conoció al notable filósofo Alejandro Korn, junto a quién completó su formación. Desde 1927 comenzó a enseñar en la Universidad de La Plata y en

9.– Citado por Ramón Villares. «José Luis Romero y el exilio republicano en la Argentina». En: *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura*. Ed. por José Burucúa, Fernando Devoto y Adrián Gorelik. Buenos Aires: UNSAM Edita, 2013, pág. 306.

10.– Hugo Rodríguez Alcalá. *Misión y pensamiento de Francisco Romero*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959; VVAA. *Francisco Romero, maestro de la filosofía latinoamericana*. Caracas: Sociedad Interamericana de Filosofía, 1983; José Luis Speroni, ed. *El pensamiento de Francisco Romero*. Buenos Aires: Edivern, 2001.

1930, luego de su retiro del Ejército, se hizo cargo de las cátedras de Korn, quien se jubilaba, en las universidades de La Plata y Buenos Aires.

Desde entonces, y hasta 1946, ocupó un lugar prominente en la vida universitaria. Pero además dedicó muchos esfuerzos a promover distintas actividades culturales fuera de ella. Junto con Alejandro Korn fundó la Sociedad Kantiana. En 1931 estuvo en la fundación del Colegio Libre de Estudios Superiores, una suerte de instituto universitario de enorme prestigio, en el que dictó regularmente cursos. Participó con su amigo Roberto Giusti en la revista *Nosotros* y formó parte del Consejo de Redacción de la revista *Sur*, fundada en 1931 por Victoria Ocampo. En 1938 inició en la Editorial Losada la Biblioteca de Filosofía, que alcanzó enorme prestigio en todo el mundo hispano.

En 1939 fue designado presidente de una comisión de académicos notables, encargada de ayudar a la instalación de exiliados españoles; la Comisión tuvo variados apoyos, y entre ellos el Instituto de Cultura Hispánica, dirigido por el catalán Rafael Vehils, que era gerente general de la Compañía Hispano Argentina de Electricidad (CHADE), tenía buenas relaciones con el gobierno español y estaba preocupado por el destino de los académicos destacados. Francisco Romero apoyó con entusiasmo la causa republicana y estuvo estrechamente vinculado con el mundo intelectual del antifascismo. Años antes, en 1931, había apoyado a la Alianza Civil, cuyos candidatos eran Lisandro de la Torre y Nicolás Repetto.

En esa campaña también participó su hermano José Luis, de quien se había hecho cargo, desde la muerte del padre en 1919.¹¹ Francisco guió al niño; con un Meccano lo introdujo en el mundo de la ingeniería; lo aconsejó en sus lecturas literarias, lo acercó al pensamiento filosófico, y en particular a Dilthey, y lo orientó en sus primeras lecturas históricas. Por consejo suyo, decidió estudiar historia en la Universidad de La Plata, donde encontró los maestros adecuados para iniciarse en el terreno de la historia antigua: Pascual Guaglianone y Clemente Ricci.¹² José Luis, graduado en la escuela Normal Mariano Acosta, era por entonces docente de alta dedicación, como maestro y luego como profesor de enseñanza media. A la afición por la literatura agregó las artes plásticas, la música y el cine. En 1928 estuvo entre los fundadores del primer cine club de Buenos Aires, y al año siguiente, con sus amigos Jorge Romero Brest, Horacio Coppola e Isidro Maiztegui, editó una revista cultural de dos números: *Clave de Sol*,

11.— Tulio Halperin Donghi. «José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina». En: *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996; Omar Acha. *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2005.

12.— Fernando Devoto. «En torno a la formación historiográfica de José Luis Romero». En: *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura*. Ed. por José Burucúa, Fernando Devoto y Adrián Gorelik. Buenos Aires: UNSAM Edita, 2013.

donde escribía sobre literatura y cine. Ese año publicó un artículo sobre Paul Groussac en *Nosotros*, donde seguiría colaborando con asiduidad

Estudiar en La Plata fue una elección decisiva. Su hermano lo acercó al círculo de Alejandro Korn, y allí conoció a Teresa Basso, estudiante de filosofía, con quien se casó en 1933, camino que su hermano Francisco siguió al año siguiente, casándose con otra estudiante de filosofía, Anneliese Fuchs. En el círculo platense de Korn participaban también Alfonso Reyes, embajador de México, y Pedro Henríquez Ureña, su segundo maestro, así como muchos jóvenes reformistas y socialistas. José Luis, que de joven había entablado una estrecha y filial relación con Alfredo Palacios, vecino de su casa materna, estuvo cerca de los socialistas, pero solo se afilió al partido en 1945. En 1933 completó su carrera, y en 1935 inició su *gran tour* por Europa, un viaje de nueve meses que terminó de definir su vocación de europeísta y que le permitió, además, conocer a muchos destacados historiadores y dirigentes socialistas. Se embarcó en España en julio de 1936, cuando se desencadenaba la Guerra Civil. Por entonces, Francisco Ayala dejaba Buenos Aires para asumir sus responsabilidades en España y Luis Seoane embarcaba en Vigo iniciando su exilio. En los años siguientes, José Luis se ganó la vida trabajando intensamente en la docencia. En 1937 se doctoró, con una tesis sobre la crisis de la república romana en la que ya asomaba la preocupación por la relación entre el pasado y el presente. Casi de inmediato se inició en la historia medieval junto a Claudio Sánchez Albornoz. Empezó una trabajosa iniciación universitaria en La Plata y participó de manera creciente en el mundo intelectual y cultural y en la vida política. En 1938 comenzó a dictar cursos en el Colegio Libre, del que en 1940 fue secretario. Su hermano Francisco lo acercó a *Sur*, pero no se integró al grupo. Poco a poco dejaba de ser «el hermano menor de Francisco» para convertirse en un historiador reconocido y en un convencido militante ciudadano.

Solidaridad, 1936-1940

José Luis Romero estrechó pronto amistad con Seoane, con quien compartieron un extenso círculo de amistades intelectuales y artísticas. Francisco Romero entabló una amistad menos efusiva pero muy sólida con Ayala, iniciada en *Sur* y en Losada. No fueron casos excepcionales.

La solidaridad estrechada durante la Guerra Civil caracteriza el primer tramo de la relación entre los exiliados republicanos y los intelectuales argentinos. La guerra comenzó dividiendo a la extensa colectividad española y a su densa red asociativa.¹³ Los partidarios de los rebeldes dominaron las

13.— Xosé Núñez Seixas y Ruy Farías. «Transterrados y emigrados: una interpretación sociopolítica del exilio gallego de 1936». En: *Arbor*, n.º 735: Madrid

grandes instituciones, como el Club Español, el Hospital Español y la Cámara de Comercio. Los republicanos, nucleados en el Centro de Apoyo a la República, fueron fuertes en los centros catalán y vasco, y en la mayoría de las asociaciones gallegas, incluyendo la Federación de Sociedades Gallegas. El Centro Gallego mantuvo un delicado equilibrio entre los dos bandos, y la Institución Cultural Española se esforzó por ayudar a los exiliados. Pero en general predominó la pasión, escenificada en los cafés de la Avenida de Mayo, cerca de las pizarras de los grandes diarios.

La misma pasión atrapó a los argentinos. Los epítetos «rojo» y «fascista» fueron usuales, y pocos trataron de mantener la ecuanimidad. El bando rebelde encontró apoyo entre los católicos y los nacionalistas, confundidos en la común militancia en favor de Cristo Rey y de Franco. Los intelectuales actualizaron antiguas relaciones con el tradicionalismo católico, cultivado por el círculo cercano al embajador Ramiro de Maeztu. Los militantes se inspiraron en la idea de cruzada y en el *ethos* sacrificial de los rebeldes, consistente tanto en dar la propia vida como en matar «rojos». La Iglesia, que venía desde hace años avanzando en las instituciones y en el espacio público, organizó una campaña de solidaridad en favor de las iglesias de España saqueadas o destruidas por los «rojos», acusados también de matar curas y violar monjas. Todo junto moldeaba y potenciaba la ya larga reacción antiliberal.

El bando republicano, mayoritario en la colectividad, encontró un amplio apoyo en el extendido mundo de las asociaciones. Bibliotecas populares, sociedades de fomento, sindicatos y clubes participaron de las campañas solidarias, en las que la recaudación de fondos y víveres se asociaba con actividades recreativas militantes.¹⁴ Los partidos Socialista y Comunista, aunque recelaban recíprocamente, se volcaron de lleno a la acción solidaria. El primero se asoció estrechamente con el Centro Republicano, motorizado por el embajador español Ossorio y Gallardo, católico, monárquico y sólidamente republicano. El Partido Comunista se encontraba en pleno giro hacia la política de frentes populares, la reconciliación con la

(enero-febrero de 2009); Luis Alberto Romero. «La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina 1936-1946». En: *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Comp. por Dora Schwarzstein. Barcelona: Crítica, 2001; Fernando Devoto. «Cultura y política entre dos mundos: el exilio gallego en la Argentina, los debates intelectuales y las tramas de sociabilidad (1936-1963)». En: *Luis Seoane. Entre Galicia y la Argentina*. Ed. por Fernando Devoto y Ramón Villares. Buenos Aires: Biblos y Consello de Cultura de Galicia, 2012.

14.— Mónica Quijada. *Aires de república, aires de cruzada: la Guerra Civil española en Argentina*. Madrid: Sendai, 1991; Silvina Montenegro. «Republicanos, gallegos y socialistas en la Argentina: la organización de los comités de ayuda durante la Guerra Civil Española». En: *Historia Nova*. Vol. IV. Santiago de Compostela, 1996.

tradición liberal y el crecimiento de su presencia en el campo sindical. Muchos de sus militantes marcharon a España para sumarse a las Brigadas Internacionales. La UCR no se definió, aunque algunos grupos radicales militaron ostensiblemente en el bando republicano; Marcelo T. de Alvear, candidato presidencial en 1937, no habló de España durante su campaña electoral, pero participó discretamente en algunas asociaciones de ayuda a las víctimas republicanas. En el conjunto de la opinión liberal, hubo ambigüedades y divisiones, pues si bien el fascismo era naturalmente rechazado, la presencia cada vez más fuerte del comunismo en el gobierno de la República generaba reticencias y resistencias.

El movimiento solidario del liberalismo progresista, el socialismo, el comunismo y una amplia opinión pública estimularon la formación de una versión local de los frentes populares que surgían en Europa. En el acto de la Confederación General del Trabajo del 1 de mayo de 1936, conducida desde unos meses atrás por sindicalistas socialistas y comunistas, fue invitado el jefe radical Marcelo T. de Alvear, en su calidad de «obrero de la democracia». La potencialidad del agrupamiento fue registrada por los partidarios del gobierno: Federico Pinedo llamó entonces a conformar un «frente nacional».

No obstante, esta movilización, surgida de los conflictos europeos, no llegó a cuajar en una equivalente polarización local. Las diferencias entre socialistas y comunistas, que ya se daban en España, minaron el frente antifascista, y las dudas del radicalismo terminaron por impedir la posibilidad de una fórmula conjunta en las elecciones de 1937. Del lado del gobierno no había una expresión política equivalente a Mussolini, Hitler o Franco, capaz de polarizar a sus enemigos. Solo estaba el general Justo, de formación liberal y prácticas fraudulentas, militar convencido del papel de las fuerzas armadas en el Estado y sensible a los avances de la Iglesia, a la que concedió muchas prerrogativas. Los nacionalistas desconfiaban de él, y lo apoyaban los conservadores y los radicales antipersonalistas, con muchas huellas del liberalismo. El gobierno tuvo una posición intermedia en el conflicto español. Adhirió al neutralismo de Francia e Inglaterra, mantuvo relaciones normales con la República española, y solo reconoció al régimen de Franco después de su derrumbe. Aunque en 1938 incluyó a los exiliados republicanos en la lista de inmigrantes indeseables, fue muy flexible en los casos individuales, lo que permitió la llegada al país de todo el grupo de intelectuales y artistas que eligió este destino. En suma, la política local no alentó la transformación de la intensa polarización generada por la Guerra Civil en una polarización local de alguna manera homóloga.¹⁵

15.— Ricardo Pasolini. «Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil». En: *Estudios Sociales*, n.º 26: Santa Fe (enero-junio de 2004); Luis Alberto Romero. «El ejército de

En el mundo intelectual y cultural, en cambio, el frente antifascista tuvo un gran éxito, y los exiliados se incorporaron con naturalidad a alguno de sus sectores. Luis Seoane, que en Galicia había desarrollado un marxismo de versión popular y nacional, se sumó al grupo de izquierda. Su introductor fue Norberto Frontini, abogado y hombre de la cultura vinculado con el Partido Comunista. Seoane fue, como mucho, un «camarada de ruta». Se vinculó con la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), promovida por el partido, y colaboró con el periódico *Unidad*, para el que en 1937 hizo un inolvidable dibujo de tapa titulado «Fascismo» en el número dedicado a «La inteligencia contra la muerte». Pero un amigo de Frontini, Luis Baudizzone, abogado y literato, lo acercó al grupo de jóvenes donde estaba José Luis Romero, Jorge Romero Brest, Horacio Coppola y otros, más cercanos al socialismo. También estaban la fotógrafa alemana Grete Stern, esposa de Coppola, el pintor alemán Clement Moreau y el grabador italiano Attilio Rossi, y luego los exiliados, a medida que llegaban: Arturo Cuadrado – venido en el *Masilia* – Rafael Dieste, J. Otero Espasandín, Gori Muñoz, junto con Lorenzo Varela, Rafael Alberti y María Teresa León, que eran comunistas.¹⁶

Por entonces, Seoane colaboró como ilustrador en distintas publicaciones culturales antifascistas de izquierda. «Fascismo» integró una de sus *Trece estampas sobre la traición*. En 1937 ilustró, junto con Colmeiro, otro gallego, un volumen de homenaje a García Lorca compilado por Frontini. Se ganó la vida como ilustrador en *El Diario* y en *Crítica*, que siempre ayudó a los republicanos recién llegados.

Por esos años, llenando el vacío dejado por las editoriales españolas, surgieron en el país empresas editoriales prósperas, que fueron otra fuente de trabajo para estos intelectuales y artistas sin empleo. Podían traducir, corregir pruebas, escribir a destajo, como Otero Espasandín, o ilustrar, como Castelao, que trabajaba en Atlántida. En 1938 Seoane comenzó a trabajar en Losada, la editorial de los exiliados españoles, como tapista y aprendiz del oficio de diseñador junto a Rossi. Allí seguramente conoció a Francisco Romero, uno de los fundadores de la editorial, y a Francisco Ayala, quien pronto se sumó a su círculo de amigos. También trabajó en Sudamericana, otra editorial de origen español, alentada entre otros por Vehils, y en Emecé, donde Álvaro de las Casas, gallego, católico y poco republicano, impulsó por entonces la publicaciones de una serie dedicada a la cultura gallega, que Seoane gestionó junto con Arturo Cuadrado.

Cristo Rey: movilización católica en Buenos Aires, 1934-1943». En: *Cuadernos de Historia*, n.º 32: Santiago de Chile (marzo de 2010); José Zanca. *Cristianos antifascistas, 1936-1959. Conflictos en la cultura católica argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.

16.– Villares, «José Luis Romero y el exilio republicano en la Argentina».

Ayala en cambio se incorporó al otro sector del mundo antifascista, despegado de los comunistas, que giraba en torno de *La Nación* y de *Sur*. Su pertenencia al círculo de Ortega y Gasset, y su viaje de 1936 le facilitaron los contactos. Apenas llegado, Eduardo Mallea le ofreció escribir para el Suplemento Cultural de *La Nación*, y ya en diciembre de 1939 había aparecido su primera colaboración. Mallea pertenecía al grupo más íntimo de Victoria Ocampo y de *Sur*. Desde su creación, en 1931, *Sur* fue contraria a la politización del arte y, a la vez, había sido el lugar de encuentro de intelectuales de ambos bandos. Al comienzo de la Guerra Civil mantuvo su posición neutral, que se modificó a mediados de 1936, cuando visitó Buenos Aires el notable intelectual y teólogo católico Jacques Maritain. Invitado por los Cursos de Cultura Católica, uno de los baluartes del nuevo integrismo católico, Maritain sorprendió a sus huéspedes, franquistas militantes, cuando dio una conferencia en la Sociedad Hebrea; completó su periplo en *Sur*, reducto del odiado liberalismo, donde hizo pública su posición neutral en la guerra española. Maritain produjo una ruptura en el mundo católico y además contribuyó a la definición de *Sur* en contra del fascismo y por la defensa de la cultura, una de las expresiones predilectas de la antítesis antifascista.

Las cosas en *Sur* ya estaban definidas cuando Ayala llegó a Buenos Aires y se acercó con naturalidad al grupo. Ya era amigo de Victoria Ocampo, Borges, Guillermo de Torre, también español y exiliado, y Bioy Casares. Allí se encontró con María Rosa Oliver, que simpatizaba con el Partido Comunista y con Roosevelt; con el humanista Pedro Henríquez Ureña y con Francisco Romero. Losada le abrió las puertas de la editorial, donde tradujo a destajo y dirigió una biblioteca sociológica. Nunca le faltó trabajo en las editoriales, pero como afirmáramos anteriormente solo pudo acceder brevemente a la universidad en 1942, cuando enseñó sociología en Universidad del Litoral. Allí dejó una huella en dos discípulas destacadas: Ángela Romera Vera y Marta Samatán.¹⁷

Ayala, que en la agitada España republicana había sido estrictamente un demócrata, mantuvo fluidos contactos con sus connacionales de los distintos grupos políticos y con los intelectuales argentinos amigos. Las diferencias eran apenas de matices, y finalmente todos se encontraban en la editorial Losada o en el patio de la imprenta Chiesino, donde los sábados disfrutaban de un pantagruélico asado.

17.— Luis Escobar. *Francisco Ayala y la Universidad del Litoral. La construcción de una tradición sociológica*. Granada: Universidad de Granada, 2011.

La lucha de ideas

Al terminar la guerra de España, y luego de un breve interludio, la polarización político ideológica resurgió, estimulada por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo por la invasión alemana a Francia. En su nueva versión, la brecha dividió la opinión local en pro aliados y neutralistas; la separación no se refirió principalmente a las simpatías por los aliados o el Eje, sino a la política de neutralidad del gobierno, que tenía también otras motivaciones. El bando pro aliado era partidario de entrar en la guerra. Surgió del frente antifascista y recogió a buena parte de quienes habían apoyado a la República española. Pero el pacto entre Hitler y Stalin, vigente entre setiembre de 1939 y junio de 1941, provocó la desertión del Partido Comunista, y el desconcierto de muchos de sus afiliados y simpatizantes. En cambio, sumó muchas adhesiones nuevas: el radicalismo conducido por el doctor Alvear, muchos sectores del oficialismo, como el general Justo, el doctor Pinedo y varios dirigentes conservadores, así como muchas personas notables del derecho, los negocios o las universidades. También maduró la escisión de un grupo de católicos antifascistas, cuya figura más notoria era monseñor De Andrea.

Frente a ellos estaban los que apoyaban la política de neutralidad seguida por el presidente Castillo. Aunque las razones de este viejo conservador de provincia no son claras, detrás de él estaban las fuerzas armadas, de tradición germanófila y crecientes simpatías nacionalistas y católicas. También el grueso de la Iglesia y de la militancia católica, que se mezclaba con los nacionalistas viviendo alternativamente a Cristo Rey y a Hitler.¹⁸ En el Ejército y en la Iglesia militante creían llegada la hora de instaurar una nueva Argentina, cristiana y nacional. Pero el neutralismo tenía otros sostenes. Muchos seguían a Gran Bretaña, celosa del avance estadounidense en América Latina, que se acentuaría con el ingreso en la guerra. Otros respondían a un antimperialismo más genérico, como el grupo radical Forja. A esta línea se incorporaron los comunistas, hasta que la invasión alemana de 1941 los volvió a colocar junto con sus antiguos aliados antifascistas.

La militancia pro aliada, robustecida con el ingreso a la guerra de Estados Unidos, convergió en *Acción Argentina*. La agrupación capitalizó el antiguo movimiento de solidaridad con la República, fuerte en el mundo de las asociaciones locales, y le agregó el aporte de los partidos — el radical y el socialista — y de muchas figuras prestigiosas. *Acción Argentina* estuvo vinculada con el periódico *Argentina Libre*, donde colaboraron las figuras más importantes del mundo intelectual antifascista. El movimiento fue

18.— Romero, «El ejército de Cristo Rey: movilización católica en Buenos Aires, 1934-1943»; Marcus Klein. «Argentine nationalism before Peron: the case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, 1937-1943». En: *Bulletin of Latin American Research*, vol. XX, n.º 1: Oxford (2001).

creciendo a medida que en la guerra se afirmaban los aliados, y tuvo gran capacidad para movilizarse en las calles. Los exiliados republicanos españoles se sumaron con entusiasmo.¹⁹ Consideraron como propia la causa aliada y apostaron a que su triunfo acabaría también con Franco, quien pese a sus relaciones con las potencias del Eje logró mantener la neutralidad. La mayoría vislumbraba que el fin de la guerra permitiría su retorno triunfal a España.

Para los españoles, la relación entre su causa y la guerra del mundo estaba muy clara. Para los argentinos, no tanto. Desde 1936 se habían unido contra el fraude gubernamental, pero en 1940 muchas figuras destacadas del gobierno fraudulento, como el general Justo o Federico Pinedo, militaban con ellos. El antifascismo vigorizaba y acercaba posiciones, pero frente a ellos, el gobierno de Castillo no bastaba para constituir la figura de «el fascista».

Las cosas cambiaron con el golpe del 4 de junio de 1943. El grupo de oficiales jóvenes, reunidos en el GOU, ratificó la neutralidad y no disimuló sus simpatías con las potencias del Eje, que por entonces comenzaban su declinación militar. Pero además, el Ejército y la Iglesia explicitaron que se proponían transformar profundamente la Argentina, en un sentido católico y no liberal. Las ideas eran confusas y contradictorias, y los conflictos en el seno del gobierno fueron grandes, especialmente cuando se fue haciendo difícil mantener la neutralidad.

El único apoyo consistente de los militares era el nacionalismo católico, que ocupó posiciones importantes en el campo de la educación y la cultura, especialmente sensible para la militancia antifascista. Se estableció la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas – la gran bandera de la Iglesia por entonces – y se intervinieron las universidades, donde comenzó una depuración. Un caso emblemático fue el de Jordán Bruno Genta, designado interventor de la Universidad del Litoral. En los años treinta había sido un filósofo de izquierda, discípulo de Francisco Romero; hacia 1935 se convirtió al nacionalismo y al catolicismo y en 1943 encabezó una ostentosa depuración en la Universidad del Litoral, de la que fue víctima, entre otros muchos, Francisco Ayala.

Para los pro aliados, muy sensibles al problema cultural y educativo, el gobierno militar aclaraba definitivamente las posiciones, lo que les permitió unificar la lucha antifascista genérica con la lucha por la democratización política local y el reclamo de elecciones libres. Los avances de los aliados, como la liberación de París en 1944, eran acompañados con vigorosas movilizaciones celebratorias; la represión policial confirmaba el diagnóstico

19.– Andrés Bisso. *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo, 2005; Andrés Bisso. *El antifascismo argentino*. Buenos Aires: CeDinCi, 2007.

tico del carácter fascista o nazi del gobierno. La Iglesia, preocupada por creciente politización y las disidencias internas, dio un paso atrás, y los militares gobernantes se dividieron, sumando a la incertidumbre las competencias personales. En 1945, a la victoria aliada siguió una serie de grandes movilizaciones, que culminó en el mes de setiembre con la Marcha de la Constitución y la Libertad, y la exigencia de que la Corte Suprema se hiciera cargo del gobierno. Pero la jornada del 17 de octubre de 1945 cambió bruscamente el escenario y colocó al coronel Perón a la cabeza de un nuevo movimiento político que podía reclamar legítimamente un fundamento popular, y abrió una salida al régimen militar acorralado. Las dudas y divisiones del campo antifascista pesaron menos en el mundo intelectual y artístico, fuertemente alineado por la consigna de la defensa de la cultura, amenazada por la nueva barbarie y la muerte. El combate universal finalmente se había instalado en el país.

Uno de los focos de encuentro y de acción fueron las universidades. Antes de 1943 los exiliados republicanos, así como los italianos, expulsados por las leyes raciales de Mussolini, encontraron lugar en algunas universidades del interior, como Mendoza, el Litoral, donde enseñó durante un año Ayala, y sobre todo Tucumán, que acogió a muchos exiliados españoles o italianos, como Renato Treves o Lorenzo Luzuriaga, junto con jóvenes profesores argentinos, como Risieri Frondizi y Eugenio Pucciarelli, discípulos de Francisco Romero.

En las universidades, el antifascismo empalmó con el movimiento reformista, bastante plural en cuanto a sus fuentes pero concurrente en la defensa de la democracia y de la autonomía universitaria. El núcleo más importante estaba en la Universidad de La Plata, donde en 1941 fue elegido rector Alfredo Palacios, el «maestro de juventudes» por excelencia, acompañado por Gabriel del Mazo, un prócer de la Reforma universitaria. En torno a Korn se había constituido un círculo reformista y socialista, al que pertenecieron muchos jóvenes como Arnaldo Orfila Reynal, futuro gerente del Fondo de Cultura Económica, y el joven José Luis Romero. Francisco Romero se dedicó intensamente a la universidad, en La Plata y en Buenos Aires: a la enseñanza y formación de una camada de discípulos que luego fueron filósofos destacados, y también a las disputas académicas por la orientación de las facultades. Desde 1943 participó en los combates de retaguardia en defensa de la autonomía y de los profesores amenazados o cesanteados — una lucha que fue y vino varias veces — hasta que en 1946 renunció a sus cargos.

Francisco Romero también había apostado mucho al desarrollo cultural fuera del Estado. Hombre de *Sur* — aunque no asistente regular de las tertulias de Victoria Ocampo en San Isidro — se vinculó allí con Ayala. Este sumó allí a sus antiguas amistades — Borges, Bioy, Silvina Ocampo — otras

nuevas, como Murena o Martínez Estrada. Desde la invasión a Francia, *Sur* se alineó firmemente en el bando pro aliado, al igual que los diarios *La Nación* y *La Prensa*, y conformó un ala definida, del frente antifascista, considerada elitista por los izquierdistas.

A diferencia de sus amigos de *Sur*, Francisco Romero compartió el entusiasmo por la divulgación y la educación popular predominante en el mundo liberal, democrático y progresista. Como todos, dio muchas conferencias, en los lugares más variados. Imaginó un complejo sistema de biblioteca popular circulante, que involucraba al Correo y a la Caja de Ahorro Postal, lo diseñó minuciosamente y lo confió a unos amigos para su ejecución. Apostó fuertemente al Colegio Libre de Estudios Superiores, que integró desde su fundación.²⁰ La acción del Colegio Libre, que tenía filiales en Rosario, Bahía Blanca y otras ciudades, y editaba la revista *Cursos y Conferencias*, se prolongó en infinidad de bibliotecas populares, que reclutaban conferencistas en las clases del Colegio. Francisco Romero creó en 1940 la cátedra de Filosofía Alejandro Korn, un espacio al que dedicó un esfuerzo pleno luego de 1943. Por entonces, el Colegio Libre comenzó a convertirse en un ámbito alternativo al de la universidad y también en ámbito de debates de políticas económicas, como ocurrió en el exitoso ciclo desarrollado en 1940 sobre las perspectivas económicas de la posguerra.

Su tercera gran apuesta fue la Biblioteca Filosófica de la Editorial Losada, que inició en 1938 y mantuvo hasta cerca de su muerte. Su batalla no estuvo tanto en el combate cotidiano como en la defensa de la tradición de la cultura occidental. La biblioteca difundió la filosofía occidental contemporánea, así como la argentina y la latinoamericana. En esta perspectiva, que trascendía lo local, concordó plenamente con Ayala, como se vio años después en la revista *Realidad*.

Los más jóvenes, sin empleos fijos, se dedicaron a impulsar proyectos editoriales o revistas, en los que exiliados y argentinos confluyeron sin dificultad. El grupo de gallegos estuvo muy activo, y entre ellos Luis Seoane. Con Cuadrado, Varela y Baudizzone lanzaron la editorial Nova, que funciona bastante bien, donde José Luis Romero dirigió la colección de historia. Botella al Mar se dedicó a la poesía. Mar Dulce estuvo a cargo de Baudizzone, gran articulador de un amplio grupo de amigos. En 1942 los gallegos fundaron la revista *De Mar a Mar*, que aspiraba a superar la escisión con Europa y España, impuesta por la guerra. La sucedió en 1943 *Correo Literario*, que reflejó el ambiente más militante del momento. Los militantes de izquierda, como Frontini o Cordova Iturburu se mezclaron con escritores de *Sur*, como Mallea, Martínez Estrada o Cortázar y con todo el elenco de exiliados españoles: Varela, Ayala o León Felipe, entre otros. Muchos de

20.— Federico Neiburg. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza, 1998.

ellos estuvieron en 1944 en el homenaje a Seoane, con motivo de la publicación del libro *La Torre de Hércules*. También estaban Castelao, cabeza del movimiento galleguista, Colmeiro, Horacio Coppola, Romero Brest, y todo ese grupo de amigos. La Torre de Hércules, el característico faro de La Coruña, refiere a la otra militancia de Seoane: la construcción de la identidad cultural gallega, un tema de creciente importancia para quienes avizoraban el fin del régimen de Franco y reiniciaban las antiguas disputas sobre centralismo republicano o las autonomías.

Ayala no participó de esas discusiones, y tampoco se involucró mucho en las argentinas, adoptando una perspectiva más general de los problemas de su tiempo. Durante el crucial año 1945 fue profesor en Río de Janeiro y volvió cuando había concluido una historia para otros dramática, que no dejó muchas huellas en su memoria.

José Luis Romero en cambio se involucró plenamente en esas y otras cuestiones, al tiempo que luchaba por la supervivencia familiar y se afianzaba en su papel de historiador. Entre 1940 y 1945 su currículum muestra más de cincuenta publicaciones. Escribió en diarios y revistas, culturales y académicas. Escribió tres manuales para la enseñanza media, en los que volcó su amplia experiencia en la docencia y tres libros encargados para la famosa Colección Oro de la editorial Atlántida; con lo que cobró por uno de ellos solventó los gastos de nacimiento de su tercer hijo. Publicó muchas reseñas de libros, y ensayos donde combinó la preocupación por las cuestiones del presente con su conocimiento de historiador. Fue un colaborador constante de *Argentina Libre*, donde escribió cuatro notas de estricta actualidad. Losada publicó su tesis doctoral, sobre la crisis de la república romana. En revistas académicas de la Universidad de Buenos Aires y de La Plata, donde había sido nombrado profesor, publicó trabajos de investigación que correspondían a su etapa de historiador de la antigüedad y a su nueva especialidad de medievalista. Publicó dos largos ensayos, pedidos por *La Nación* y por la Institución Cultural Española, que dirigía Vehils, y dos libros en los que reunió sus ensayos historiográficos de esos años. En Nova publicó un tercer libro, *Maquiavelo historiador*, y prologó las ediciones de Thierry, Renan y Vicente Fidel López, que correspondían a su nueva especialidad como profesor universitario: la historia de la historiografía.

Mientras tanto, y con una familia ya numerosa, enseñó en diferentes colegios, incluido el Liceo Militar de la Nación, y en la Universidad de La Plata. Viajando semanalmente a esa ciudad se convirtió en alumno de Pedro Henríquez Ureña, que corregía sus textos. También dio cursos en el Colegio Libre, y codirigió la cátedra de Historia, junto con Emilio Ravignani. En 1945, el hermano menor de Francisco ya era un historiador acreditado, que no transitaba el carril principal de la profesión, ocupado por la Nueva Escuela Histórica. Ese año, por razones de militancia ciudadana, se

afilió al Partido Socialista, y habló en el acto del partido: «En defensa de la Universidad». En 1946 había sido separado de todos sus puestos docentes. Ese año publicó *Las ideas políticas en Argentina*, como parte de una ambiciosa serie latinoamericana del Fondo de Cultura Económica. A la publicación siguió un banquete, al que asistieron más o menos las mismas personas que dos años antes habían estado con Seoane. Pero el ánimo era distinto.

La resistencia, 1945-1950

A fines de 1945 la política dio un giro brusco y sorpresivo. A partir del 17 de octubre Perón organizó un movimiento que dislocó la anterior polarización. Candidato del gobierno, sustentado por el Ejército y la Iglesia, sumó el apoyo del grueso del movimiento sindical, con la mayoría de sus dirigentes tradicionales, socialistas y sindicalistas, pero sin los comunistas. Dividió a los otros partidos – el radical, el socialista, los conservadores – y sumó a buena parte de los católicos y los nacionalistas. Mientras sus adversarios insistían en señalar sus afinidades con el nazifascismo, consiguió estructurar un mensaje que miraba al futuro y daba una respuesta a los problemas y a las posibilidades de la posguerra. Sus adversarios – reunidos en la Unión Democrática – no fueron ajenos a esos problemas, pero Perón fue más convincente y logró una victoria ajustada pero clara.

Comenzó un gobierno de diez años, que puso su sello a una época caracterizada por la aceleración del proceso de democratización de la sociedad, impulsada desde el Estado por las políticas denominadas de justicia social. Coincidió en sus años iniciales con una gran prosperidad económica, que expandió el mercado interno y permitió solventar mejores ingresos para trabajadores y empresarios. Parte de esa prosperidad se manifestó en el campo editorial. Por otro lado, durante esos años se agudizó la conflictividad política; el gobierno clausuró los espacios de expresión pública de la oposición, una tendencia que se agudizó después de 1950, cuando el ciclo expansivo llegó a su fin.

El viejo frente antifascista, que había creído llegada su hora con el fin de la guerra mundial, se debilitó y se convirtió en la oposición antiperonista. Para los exiliados republicanos, que lo habían acompañado, hubo una segunda decepción. El gobierno de Perón estableció excelentes relaciones con el de Franco, y ayudó a España en los años de la inmediata posguerra, cuando su destino pendía de un hilo. Gradualmente, los vencedores de 1945 decidieron tolerar a Franco, que debía jugar un papel importante en la Guerra Fría. Los exiliados debieron deshacer las maletas y adecuarse a las circunstancias. Particularmente, bajaron su exposición pública, por

requerimiento del gobierno y del embajador español, que empezó a disputarles la adhesión de la colectividad española.²¹

Los intelectuales antiperonistas perdieron sus puestos en el Estado y en las universidades; algunos fueron cesanteados y otros renunciaron en solidaridad. Su marginación no fue completa. Encontraron oportunidades laborales y lugares para desarrollar sus empresas culturales en el mundo editorial, que en el final de los años cuarenta llegó a su apogeo, y en las numerosas instituciones de una sociedad civil muy rica y compleja. En esta etapa, el régimen peronista se limitó a apropiarse de la mayoría de los medios de comunicación y a imponer un prudente silencio al resto – como *La Nación* – pero no interfirió en el mundo cultural paralelo al del Estado. Sus políticas culturales se orientaron en otros sentidos, y su elenco de intelectuales y artistas fue magro; aunque no tanto como pretendían los antiperonistas, cuyas valoraciones se subordinaron a las identidades políticas, como ocurrió, por ejemplo, en el caso de Leopoldo Marechal.

El mundo editorial siguió prosperando, y varios empresarios creyeron prudente y agradable arriesgar algo de dinero en nuevos proyectos, como la Editorial Argos, que entre 1946 y 1948 dirigieron José Luis Romero, Luis Baudizzone y Jorge Romero Brest y cuyo éxito más notable e impensado fue la novela *Ferdyduke* del entonces desconocido escritor polaco Witold Gombrowicz. En Argos publicó José Luis Romero en 1948 *El ciclo de la revolución contemporánea*, que en 1952 fue reeditado por Losada.

El mundo asociativo maduró y se diferenció. El Colegio Libre, donde Francisco Romero era figura señera y José Luis Romero comenzaba a ocupar posiciones de responsabilidad, se prolongó en dos filiales, en Rosario y Bahía Blanca. También se abrió a las nuevas disciplinas – la economía, la sociología, la pedagogía, la psicología – con nombres como Ricardo Ortiz, Gino Germani, Telma Reca-, y al estudio, convenientemente distanciado, de los problemas nacionales. Fue lugar de encuentro y formación de los estudiantes universitarios, que encontraron allí los interlocutores ausentes en las aulas de la universidad. En esa época fueron muy activos la Federación Universitaria de Buenos Aires y los centros estudiantiles, entre los que se destacó el de Ingeniería «La Línea Recta». La organización alternativa se desplegó en otros campos. El más notable fue el de los psicoanalistas freudianos, que formaron la Asociación Psicoanalítica Argentina, completamente independiente del Estado y con una fuerte organización corporativa. En el campo de las artes plásticas, junto con muchas galerías, surgió

21.– Flavia Fiorucci. *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires: Biblos, 2011; Luis Alberto Romero. «La Argentina de Realidad». En: *Diez ensayos sobre Realidad. Revista de ideas (Buenos Aires, 1947-1949)*. Ed. por Carolina Castillo Ferrer y Milena Rodríguez. Granada: Fundación Francisco Ayala y Editorial Universidad de Granada, 2013.

la asociación y revista *Ver y Estimar*, de Jorge Romero Brest. En la música, donde la oferta estatal era buena, se formaron el Collegium Musicum, el Mozarteum y Amigos de la Música. También floreció el teatro independiente, prolongando el impulso de Leónidas Barletta y el Teatro del Pueblo, se sumaron La Máscara y el IFT, dedicado a la lengua yiddish. La colectividad judía, a través de la Sociedad Hebraica, comenzó a tener presencia activa. Luis Seoane se conectó con ellos a través del escultor comunista Luis Falcini, y comenzó a recibir encargos de ingenieros y constructores de la colectividad para realizar murales en edificios de departamentos. Se abrió para él un nuevo horizonte profesional y también un nuevo campo creativo.

Entre las revistas hubo un fuerte retroceso de la militancia política y un giro hacia lo cultural. *Sur* se encontró cómodo en ese terreno que había sido tradicionalmente el suyo. La revista *Expresiones*, impulsada por los comunistas y su periferia, se concentró en las literaturas regionales, coincidiendo o compitiendo con un esfuerzo similar desde el campo oficial. Cerrado *Correo Literario*, los mosqueteros gallegos editaron entre 1946 y 1948 *Cabalgata*, de tono cultural.

Realidad, publicada entre 1947 y 1949, fue la más destacada de ese conjunto, y representó a la vez el último gran emprendimiento del núcleo de exiliados republicanos y sus colegas y amigos argentinos.²² La revista nació en el ámbito de *Sur* y de *La Nación*. La iniciativa fue de Eduardo Mallea, quien consiguió el apoyo de un mecenas: la escritora Carmen Gándara, novelista cercana a *Sur*. Mallea convocó a dos destacados españoles, Francisco Ayala y el pedagogo Lorenzo Luzuriaga. Ayala había vuelto a Buenos Aires, luego de un año en Río de Janeiro, y acababa de publicar su *Tratado de Sociología*. Se trataba de hacer una «revista de ideas», que no compitiera con *Sur* en el campo de la ficción. Ambos aceptaron el desafío, pero invitaron a Francisco Romero a que asumiera la dirección, asegurándole que debería trabajar poco y nada. Este era por entonces uno de los intelectuales más destacados del país y pronto recibiría el Gran Premio de Honor de la SADE. El comité de redacción se integró con los españoles Amado Alonso y Julio Rey Pastor y los argentinos Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Raúl Prebisch, Sebastián Soler, Carlos Alberto Erro y Carmen Gándara. Unos meses después se sumaron Guillermo de Torre y José Luis Romero

El propósito de *Realidad. Revista de ideas* era constituirse en un mirador argentino de la cultura occidental. Les preocupaba el aislamiento de la Ar-

22.— VVAA. *Realidad. Revista de Ideas*. Con pról. de Luis García Montero. Sevilla: Renacimiento, 2007; Carolina Castillo Ferrer y Milena Rodríguez, eds. *Diez ensayos sobre Realidad. Revista de ideas (Buenos Aires, 1947-1949)*. Granada: Fundación Francisco Ayala y Editorial Universidad de Granada, 2013.

gentina, por obra del encerramiento propiciado por el Estado, robustecido por la política cultural nacionalista. Su intención fue reflejar las discusiones del mundo, participar en ellas y ser conocidos fuera del país. Cada uno de los editores hizo funcionar sus contactos y se obtuvieron colaboraciones de intelectuales destacados como Bertrand Russell, Northrop, Toynbee o Guido de Ruggiero, y se difundieron textos de Heidegger, Sartre o T. S. Eliot. Hubo corresponsales en los principales países europeos, inclusive en España y en Brasil, y en la sección «Cabalgata» se siguió con atención la discusión de las principales revistas del mundo.

El tema central fue la cultura occidental, su crisis y las perspectivas de la posguerra. El artículo inicial, sin firma, puede atribuirse perfectamente tanto a Francisco Romero como a Francisco Ayala. Ambos coincidían en un punto de vista, que Romero llevaba a las tradiciones filosóficas y especialmente a la Ilustración y Ayala a los problemas de la democracia de masas y la influencia de la moderna tecnología de las comunicaciones. Esos caminos también fueron recorridos por José Luis Romero en algunos libros de esos años, como *El ciclo de la revolución contemporánea*, los ensayos sobre la crisis reunidos en *Introducción al mundo actual* y sobre todo en el breve texto *La cultura occidental*. España ocupó un lugar en *Realidad*, sobre todo por la preocupación por establecer contactos con quienes estaban escribiendo en ese momento. También dedicaron un número a Cervantes en su centenario y recibieron a Juan Ramón Jiménez. Ayala terció en la polémica sobre la historia española entre Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro, criticando los esencialismos propios de las tradiciones nacionalistas.

El esencialismo cultural, unido al nacionalismo, fue un tema espinoso en la revista. En el mundo intelectual argentino la preocupación por el «ser nacional» era muy fuerte. Con el peronismo había crecido la vertiente nacionalista, hispanista y católica. Pero en el mundo antiperonista existía otra, sin duda más refinada, que tomaba como referencia a Ezequiel Martínez Estrada, a Eduardo Mallea o a Bernardo Canal Feijóo, figuras destacadas de *Realidad*. Carmen Gándara, mecenas de la revista, compartía la preocupación por lo nacional y por las raíces católicas de la Argentina y, según recuerda Ayala, las discusiones en el Consejo de Redacción eran permanentes. Los artículos sobre economía, sociología o derecho solían ser muy críticos de las políticas estatistas y nacionalistas, pero en los referidos a la historia argentina del siglo XIX – no se hablaba del siglo XX – afloraba la contienda entre los cultores del «ser argentino» y los agnósticos. La revista dejó de aparecer en 1949, por razones no del todo claras. Se habló de dificultades económicas, comprensibles en un momento en que se afrontaba una crisis y se iniciaba un ajuste económico, que seguramente repercutió en los costos y en los aportes de mecenas y avisadores. Simultáneamente, Ayala recibió de la Universidad de Puerto Rico la tentadora propuesta de

un puesto estable. Dejó el país con poca pena, hastiado del peronismo y de su vertiente estatista y nacionalista y cansado también de lo que llamó el «nacionalismo débil» de algunos de sus amigos.

Perspectivas

Cuando cerró *Realidad*, las cosas comenzaban a cambiar en el país, y el autoritarismo devino en dictadura en los años siguientes, a medida que a las dificultades económicas se sumaban las huelgas y un intento de golpe militar. En 1951 el gobierno confiscó el diario *La Prensa* y en 1952 cerró el Colegio Libre. Por entonces comenzó la salida de varios de los exiliados republicanos, atraídos por las posibilidades que asomaban en una Europa que empezaba a recuperarse, o en las universidades estadounidenses. Tímidamente, comenzaron a viajar a España. Luis Seoane asistió en 1949 al Congreso Mundial por la Paz, promovido por los comunistas, conoció allí al mundo pictórico internacional e inició su giro hacia la creación plástica. Sus preocupaciones políticas se orientaron por el lado de la cultura gallega; allí encontró un nuevo punto de convergencia con José Luis Romero: el común interés por la historia gallega medieval, por las comunas del Camino de Santiago y lo que él veía como uno de los movimientos populares gallegos. Ampliamente reconocido en la Argentina, comenzó a viajar más frecuentemente a Galicia, pero sin perder su ancla en Buenos Aires. Ayala en cambio, siguió otro rumbo, como profesor en Estados Unidos y como narrador, y solo esporádicamente apareció su nombre en Buenos Aires.

José Luis Romero había madurado como historiador y como intelectual. Se lo ve en el Consejo Editorial de *Realidad*, en la secretaría de la SA-DE, presidida por C. A. Erro entre 1948-1950, y en la cátedra de Historia del Colegio Libre. A fines de 1948 comenzó a viajar a Montevideo, contratado por la Universidad de la República, lo que le permitió por primera vez tener una situación económica desahogada, que se interrumpió en 1953, cuando el gobierno peronista puso restricciones a los viajes a Uruguay. Por entonces comenzó a avanzar en su gran proyecto sobre historia medieval, y obtuvo una beca Guggenheim para residir un año en Harvard. Por otro lado, comenzó a convertirse en persona de referencia de nuevas camadas estudiantiles, atraídas por su libro *Las ideas políticas en Argentina*. Desde 1949 colaboró en la revista *Liberalis*, que recogió una de las vertientes de *Realidad*: el análisis de la problemática argentina, de un modo más comprometido. Allí escribió Francisco Romero un artículo sobre la democracia, la política y «las muchedumbres», de claras referencias al presente. Reacio hasta entonces a la militancia, Francisco Romero entró en la lid; participó en 1953 en la fundación de ASCUA, la Asociación Cultural para la Defensa y Superación de Mayo, y ese año estuvo preso, junto con un selecto grupo de intelectuales, que incluía a Alfredo Palacios y Victoria Ocampo.

En 1953, y gracias a un mecenas, el industrial del calzado Alberto Grimoldi, José Luis Romero fundó *Imago Mundi*. Revista de historia de la cultura, que recogía la otra vertiente de *Realidad*. En su comité editorial figuraban las figuras más destacadas del mundo académico de entonces – casi ninguno había estado en *Realidad* – y en los alrededores había un grupo de colaboradores, que luego serían muy conocidos. Estrictamente consagrada a los problemas históricos y ajena a toda cuestión política de actualidad, la revista volvió a reunir al núcleo de la intelectualidad antiperonista de entonces, que además constituían una red de amistades. Francisco Romero estaba naturalmente entre ellos, pero la jefatura – al menos operativa – había pasado a su hermano menor. La revista coincidió con *Contorno*, de prospectos muy distintos pero de curiosos solapamientos personales: Ramón Alcalde era el secretario de redacción y factotum de *Imago Mundi*, en cuyas oficinas se juntaban Tulio Halperin Donghi, David Viñas – antiguo alumno de José Luis Romero – e Ismael Viñas.²³ En *Imago Mundi* están casi todos los «amigos argentinos» de los exiliados republicanos, pero ellos mismos están prácticamente, con una excepción: el colofón indica que la dirección de la impresión, sobria y elegante, estuvo a cargo de Luis Seoane.

Todos ellos lo acompañaron en 1955, cuando fue designado interventor de la Universidad de Buenos Aires, con el apoyo de los estudiantes y los jóvenes graduados que había cultivado en los años previos. En 1956 visitó Buenos Aires el historiador medievalista gallego Otero Pedrayo, amigo y corresponsal de Seoane, y José Luis Romero lo recibió en la Universidad. Ese año, 1956, los diversos grupos gallegos de Hispanoamérica coincidieron en organizar en Buenos Aires el primer congreso gallego en el exilio, un suerte de refundación de Galicia en lo que para algunos era la primer ciudad gallega del mundo. Aunque Seoane tuvo divergencias con los organizadores, el intento daba cima a su proyecto de articulación de la Argentina con Galicia. Era un momento de culminación de la colaboración entre exiliados republicanos e intelectuales argentinos, y a la vez de inicio de una historia que avanzó por varios y contradictorios caminos. No muchos años después, Marta y yo comenzamos a asomarnos a ese mundo, por el que caminamos juntos hasta ahora.

23.– Sobre *Imago Mundi* y *Contorno*, desde una perspectiva algo distinta, véase Oscar Terán. *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.